
El lesbianismo en Italia*

Rosanna Fiocchetto

Pertenezco a una generación de mujeres cuya necesidad personal y política de una identidad lesbiana emergió al final de los setenta. Yo fui parte de un movimiento cuya meta era cambiar la estructura del sistema patriarcal a través de la sexualidad. A pesar de ello, la paradoja era que, dentro del movimiento feminista, las propias protagonistas de la liberación tendían a reproducir la misma estructura patriarcal que en el pasado. ¿Cómo? Por ejemplo: perpetuando la opresión al lesbianismo y discriminando a las lesbianas. La aceptación que nosotras las lesbianas encontramos en el movimiento de mujeres era la misma que hubiéramos encontrado en el mundo exterior si hubiésemos tratado de ser aceptadas allí.

Mientras por una parte me sentía cada vez más orgullosa de haber escogido ser lesbiana, por la otra descubrí que la mayoría de las feministas heterosexuales que conocía, se avergonzaban profundamente del lesbianismo. Tenían una mala opinión de las lesbianas (a quienes veían como asexuadas o hipersexuadas) y trataban de silenciarnos con determinación, ya fuera empujándonos a la esfera de lo privado o devaluando el lesbianismo como una simple "etiqueta". Determinadas a obtener reconocimiento social y político, muchas feministas temían que su poder de negociación pudiera ser destruido a causa de la imagen "infamante" del lesbianismo. Descubrí que muchas lesbianas aceptaban este modelo negándose a sí mismas y reproduciendo los mismos sentimientos hacia otras lesbianas, o sea: haciéndolas a un lado. Conociendo a mis hermanas, era difícil de creer que esto sucedía por falta de inteligencia. Al final tuve que aceptar que era premeditado; que aun dentro del movimiento de

* Este artículo apareció en la revista inglesa *Feminist Review* núm 34 de la primavera de 1990, dedicada a Políticas perversas: tópicos lesbianos.

mujeres el poder heterosexual estaba basado en la opresión de las lesbianas. Vine a entender que así como las feministas heterosexuales no podían contar con la conversión de los hombres, las feministas lesbianas no podían contar con la conversión de las feministas heterosexuales. Nosotras mismas teníamos que organizarnos, unir nuestra fuerza y si era necesario, usarla en contra de ellas... y sabíamos que iba a ser necesario. Para hacer que el movimiento de mujeres incluyera al lesbianismo, las lesbianas teníamos que actuar primero.

Era muy duro entender todo esto y decidir si había que pretender no haberlo entendido para mantener la paz. Era duro separarnos y ponernos en una ruta diferente siendo que ya éramos tan diferentes; convertirnos en exiliadas aun entre las exiliadas. Personalmente me sentiría deshonrada si, sabiendo lo que sabía, no peleaba por mí misma, por mi lesbianidad y la lesbianidad de otras. Puede ser que se trate de un sentido del honor típicamente mediterráneo, pero eso fue exactamente lo que me empujó en 1981 a iniciar un grupo llamado *Identità Lesbica* (Identidad Lésbica).

Al año siguiente me uní al proyecto del CLI (Collegamento Tra Lesbiche Italiane-Liga Lesbiana Italiana) y aún soy parte de él. La siguiente oportunidad que tuve fue la de fundar en 1985 la casa editorial lesbiana "Estro" con Liana Borghi, una mujer de Florencia que tiene una extracción similar a la mía.

Cuando me volví activa en el movimiento, sentí que tenía que confrontarme con otras alternativas lesbianas: las mujeres que habían decidido permanecer calladas; aquellas que tenían fe en un "renacimiento espiritual" del feminismo que redimiera también al lesbianismo; aquellas que tenían una actitud negativa contra su propio lesbianismo; las lesbianas cuya meta era integrarse dentro del sistema patriarcal; y finalmente, las lesbianas que apuntaban a la destrucción de sí mismas a través de la destrucción de todo lo que las rodeaba. Estos eran los componentes del mundo lesbiano italiano al principio de los ochenta.

Nuestro movimiento es extraño: primero tenemos que pelear entre nosotras. Estamos tan ancladas en el heterosexismo y es una parte tan grande en nosotras, que desafiarlo significa cambiar nuestra estructura, desmantelar la identidad que hemos construido empezando con la seguridad individual lograda generalmente a través de grandes dificultades. El movimiento de mujeres visto como el "movimiento madre", capaz de abrazar y satisfacer las necesidades de todos sus sujetos políticos, fue la

primera seguridad que tuvimos que abandonar. Había entre lesbianas y heterosexuales una inequidad sociopolítica profunda e inequívoca que era necesario nombrar para que no pudiera ser negada. Eramos pocas y estábamos aisladas en esta batalla, y encima de cualquier cosa, nuestra meta era unirnos y crecer. En pocas palabras, crear lo que no éramos: una comunidad.

La llamada “minoría” lesbiana es, de hecho, la única minoría en el mundo sin una comunidad; sin los lazos de conexión entre individuos, más allá de sus relaciones duales más o menos efímeras. Por lo tanto, estamos privadas de los instrumentos de transmisión cultural, privadas de valores culturales compatibles y del conocimiento común que va de unas a otras, y privadas de la propiedad colectiva. Se nos niega una identidad si no está definida por otras comunidades. He pensado mucho si existen ejemplos semejantes en la historia, con niveles similares de opresión, y mi conclusión ha sido que no existen. La opresión particular de las lesbianas es que no existimos y no deberíamos existir. Sería mejor si no estuviéramos aquí. Por lo tanto, el tema de la libertad lesbiana está en la raíz de la libertad femenina y de la autodeterminación sexual: un tema vital para nosotras como lesbianas y para todas las mujeres. El movimiento lesbiano se ha desarrollado con gran vitalidad y a medida que pasa el tiempo tenemos que enfrentar las crisis evolutivas creadas por los cambios, tanto internos como externos, de nuestra situación.

En contraste con lo que ocurre en los EUA, Alemania Occidental y Holanda, en Italia no existe una escena alternativa. En Italia, una lesbiana sólo puede escoger (si a éso puede llamársele escoger) entre “ser parte de” o estar marginada. Si escoge lo primero, tiene entonces tres posibilidades: lesbianismo=homosexualidad, lesbianismo=heterosexualidad y lesbianismo=feminismo. La línea del CLI consiste tanto de gestos simbólicos como de una práctica política en contra de estas tres ecuaciones: vincularnos a las lesbianas separatistas en vez de a las organizaciones homosexuales, rehusarnos a tomar la ruta de la reivindicación de los “derechos civiles”, reconocer la realidad de la construcción de un grupo lesbiano autónomo y trabajar hacia la construcción de un movimiento lesbiano. Tratamos de ir en contra de la marginación fomentando la creación de un grupo social lesbiano y manteniendo la conexión con el movimiento de mujeres respecto a objetivos comunes.

Una tercera posibilidad de estrategia antimarginal sería intervenir como lesbianas en situaciones sociales cruciales (i.e, el medio ambiente,

colonialismo, racismo, etc.). En Italia esto se ve impedido por la clandestinidad en que la mayoría de nosotras vivimos (Le, tenemos que tomar en cuenta pequeños problemas tales como quién va a dar los artículos a la prensa, quién va a llevar la manta en la marcha, quién estará dispuesta a ser entrevistada, quién llevará el volante a la imprenta, quién tomará parte en el debate, etc.). Quizás sea relevante el hecho de que las lesbianas italianas han adquirido la tradición de las catacumbas italianas dentro de las cuales, primero los judíos y después los cristianos se refugiaron. El subsuelo de Roma está lleno de catacumbas. Más o menos seguras consigo mismas en el laberinto de las catacumbas del feminismo o en el de las catacumbas del "clóset", las lesbianas desaparecen aun cuando apenas sacan la cabeza. El lesbianismo no está sujeto en Italia a una abierta represión social debido a que política y socialmente es invisible. Esta invisibilidad no quiere decir que no se genere conflicto entre heterosexuales y lesbianas como sucede en Francia o los EUA. Pero es obvio que los conflictos no explotan si son cuidadosamente evitados y la represión no surge si no hay nadie a quién reprimir. Cuando sí llega a suceder, es una "excepción" causada por los excesos de unos cuantos "individuos malos". El lesbianismo no es la única rama del feminismo italiano que se ha vuelto invisible. El movimiento de mujeres hace caso omiso a cualquier otra diversidad entre mujeres que no sea la que cabe dentro de las dos instituciones nacionales masculinas: los partidos políticos y la religión.

Existen de hecho grupos sociopolíticos visibles y diferenciados de mujeres comunistas, socialistas y católicas, pero no hay grupos de mujeres trabajadoras, desempleadas, madres, negras, minusválidas, etc. Es importante tener esta situación en cuenta, ya que la gran dificultad a la que se enfrentan las mujeres italianas es la de ser sujetos sociales autónomos y siendo autónomos estar habilitados, por tanto, a interactuar positivamente en esta autonomía recíproca y en una coalición sólida y articulada.

También es importante entender la pobreza económica, cultural y política del movimiento de mujeres en la sociedad patriarcal mediterránea y el hecho de que la diferenciación entre mujeres es vista como una amenaza y no como un intercambio de fuerzas entre individuos; un enriquecimiento de la subjetividad; un aumento de la conciencia y de la energía.

El movimiento lesbiano se distingue por esta misma contradicción; el resultado es que la representación prevaleciente se limita a unas cuan-

tas mujeres en varios niveles: desde el proceso de salir de la invisibilidad hasta la creación de espacios para lesbianas, la producción cultural y la teoría política. Nuestro movimiento es rico en cuerpos, pero pobre en individualidad. La consecuencia es que a estos individuos se les consume rápidamente en la comida colectiva sin que haya una alimentación recíproca. La única forma actual de comunicación, aparte de las fiestas y las celebraciones, se establece de hecho en las conferencias, donde el modelo prevaleciente es el de actores (pocos) y espectadores (muchos).

De 1981 al presente, los grupos que forman el movimiento lesbiano han organizado cinco conferencias nacionales que han inspirado el diálogo político y social entre lesbianas y la apertura de unos cuantos espacios preciosos para lesbianas. Sin embargo, no han inspirado en general un entendimiento de la responsabilidad y creatividad política con respecto al lesbianismo. Por el contrario, la defensa, la práctica y la expresión de la opción lesbiana están ahora más sometidas de lo que estuvieron en el pasado reciente debido a la fase difícil por la que está atravesando el separatismo feminista en el contexto de la política italiana en general. Más aún debemos recordar que, con la excepción de Roma y Milán, en la mayoría de las ciudades italianas el separatismo es una herejía: un lugar separatista no es considerado “público” ya que los hombres no tienen acceso a él. Esta es también la causa por la que los proyectos lesbianos y separatistas no reciben fondos públicos en Italia, sino que tienen que contar exclusivamente con los recursos de mujeres individuales. Otro aspecto del paso hacia atrás que compartimos con otros países, es el intento de la organización masculina Arci-gay en Italia, de organizar a lesbianas fuera del movimiento feminista y en contra del separatismo, explotando tanto la crisis de los valores feministas en un clima cultural de la feminidad neo-mística de las “mujeres de carrera” y el chantaje emocional respecto al sida, como la nueva atracción occidental hacia la maternidad que incluye técnicas de inseminación artificial.

En este clima los grupos lesbianos que van del CLI al Vivere Lesbica y Video Viola (Roma), del L’Amandoria (Florencia) al Collecttivi Lesbici Milanesi, del Se-No (Catania) a los intercolectivos Progettualità Lesbica y Le Amanti, trabajan tratando de elaborar un terreno político que reconozca nuestros límites colectivos, pero también nuestros imprevistos y, con suerte, imprevisibles excesos.

Traducción: **Gina Kaufer**